

VI

Un banquete.

El enorme comedor del castillo de Aubignac sombrío y silencioso desde hacia medio siglo, estaba alegre y lleno de ruido, la luz del sol penetraba en su interior por dos ventanas completamente abiertas.

La madera de encina que cubría las paredes y de la cual colgaban cuadros representando escenas de caza y paisajes, servía con sus tintes oscuros debido á los años á realzar la blancura del mantel sobre el cual había una docena de cubiertos de porcelana antiquísima de Saxe colocados alrededor de un inmenso ramo de flores.

Había fiesta en el antiguo y señorial dominio.

En otras mesas había infinidad de postres variados y respetables botellas sacadas de los rincones de la cueva donde habían permanecido olvidadas que se mezclaban con las modernas de Champagne cubiertas con un gorrito de oro ó de plata, si se juzgaba por las apariencias.

El señor conde Jorge de Caylus tomaba oficialmente posesión del castillo, comprendido en la parte de la herencia paterna y celebraba la solemnidad en compañía de unos cuantos amigos y vecinos.

Estaba allí en primera línea su hermano el marqués Raimundo de Caylus-Chamillard, jefe á los veinticinco años de aquella ilustre familia, y que desde pequeño había profesado á

su hermano menor un cariño de esos que nada puede borrar; el conde de Reveillon, su compañero de alegrías, bueno, valiente, leal y pródigo, algunos castellanos de las cercanías, unos cuantos amigos reclutados en Royat y un antiguo jefe del ejército, retirado, el comandante Guerinat, que vivía en una modesta casa muy cerca de la iglesia de Aubignac, desde el día en que había tomado el retiro.

No había mujeres.

Un almuerzo de solteros.

Acababan de sentarse á la mesa, cuando el marqués de Caylus, notando la ausencia de un convidado, exclamó.

—¡Y ese memo de Saint-Aubin, que no llega!

—¡Ah! ¿conoceis al barón?—preguntó el comandante.

—Sin duda: ¿quién en el boulevard no conocerá al barón Máximo?

—¿Y vos?—preguntó el conde de Reveillon.

El antiguo militar tenía de sesenta y nueve á setenta años.

Tan alto como un pino, barba gris, profundas arrugas en toda la piel y delgado como un esqueleto que dejase salientes las asperezas de un cráneo, calvo como la concha de una ostra, nadie hubiera podido leer en su rostro la partida de nacimiento.

—Yo—dijo conozco más al padre;—pero he oído hablar mucho del hijo.

—¿Qué clase de hombre es su padre?

—Un gentilhombre de los de la antigua cepa, rígido como un hidalgo, valiente como una espada y honrado como nadie.

—¿Y vive?...

—A tres leguas y media de aquí hacia

Champeix en una casa llamada Torre-Blanca.

—¿Es rico?

—¡Ah! eso sí que no. Tiene lo indispensable para poder vivir, no tiene más que dos criados. Ha pagado tantas deudas por su hijo que apenas si le queda para no morir de hambre.

—Su hijo podría ayudarle... Tiene mucho dinero... buena posición...

—Así dicen... Hasta se asegura que el barón Máximo ha hecho ofrecimientos más de una vez al anciano.

—¿Entonces?

—El padre no quiere tomar un dinero cuyo origen ignora.

—¡Ah!—exclamó el marqués es un puritano.—¡Quiere ver las cosas claras!... Saint Aubin tiene negocios en Londres... Todo el mundo lo sabe.

—Sin duda, la fortuna tiene que venirle de alguna parte, dijo al comandante, pero el padre ha querido conocer esos asuntos y como el hijo se negaba á explicárselos el buen hombre no ha querido el dinero...

Precisamente en aquel momento una victoria de alquiler se detuvo delante del castillo y un viajero saltó de ella con ligereza.

Era el barón.

Parecía estar muy sombrío, su rostro precía contraído por irritación de la cual aún conservaba señales.

Cuando entró en el comedor su rostro se alegró; pero no sin esfuerzo demasiado visible.

Se dirigió á los dos hermanos y los estrechó la mano, dirigió un cariñoso saludo al conde de Reveillon y como se hallaba al lado del militar, le dijo, saludándole:

—¿El comandante Guerinat, según creo?

—Creo—dijo el marqués—que ya os encontrásteis el año pasado en Royat... Habéis almorzado juntos...

—En casa de la señora de Caylus—dijo el comandante avivando los recuerdos de su vecino.

—Perfectamente. ¿Sois amigo de mi padre?—preguntó Saint-Aubin.

—De lo cual me honro.

Había acritud en la voz del barón.

—¿Venís quizás de Torre Blanca?—preguntó el comandante.

—De allí vengo.

—¿Vuestro señor padre, está bien?

—Siempre igual.

—Tiene mucha edad.

—Pero es aún más terco—añadió el hijo con tono de mal humor.

—¡Pero qué vejez!

—¡Magnífica!

—Señores, dijo el marqués, ocupémonos del almuerzo. Saint-Aubin, que es la exactitud misma, nos ha hecho esperar.

—Es que he tenido que aguantar un sermón.

—¿De vuestro padre?

El barón Máximo contestó con rabia.

—No conozco en el mundo á nadie más que á él que me pueda obligar á oírle.

—¿Por qué?

Reveillon comenzó la broma.

—Habrá querido convencer al barón de la necesidad del matrimonio, para perpetuar en este mundo la raza de los Saint-Aubin. ¿No es eso?

El barón Máximo empezó á sonreír.

—Algo así ha debido ser; pero casi no me acuerdo...

Aquello fué el manantial de serie no interrumpida de bromas más ó menos triviales sobre ese tema inagotable.

El apetito de los convidados no podía ser mayor.

El aire de las montañas es el mejor aperitivo conocido.

Durante un buen rato no se oyó más que el ruido de los tenedores y de los cuchillos, mezclado con el de los taponazos de las botellas.

—¿Te vuelves á París?—preguntó el conde de Reveillon.

—Esta misma tarde... Me iré á Vichy y desde allí me largo. Tengo que estar en mi casa mañana por la mañana.

La conversación versó durante el almuerzo sobre una infinidad de cosas.

El nuevo dueño de Aubignac hacía preguntas al comandante sobre el dominio, pues lo conocía á palmos.

Nacido en aquel país, sin fortuna, se había retirado á Aubignac á una posesión que le habían dejado sus padres.

El difunto marqués le concedía todas las distracciones que un aldeano puede encontrar en la vecindad de un gran dominio.

Podía cazar y pescar libremente; este es un favor muy apetecido en provincias, sobre todo en las aldeas alejadas de los grandes centros.

Bueno, cariñoso y feliz en su retiro, el valiente comandante no veía el mal en ninguna parte y creía que todo el mundo era tan leal como él.

A sus ojos el señor Pilot, como les sucedía á las demás gentes del país, era un modelo de notarios, que iba siempre por el camino del honor.

Era indudablemente muy avaro, pero para el comandante, aquella avaricia tomaba el nombre de economía y no era más que una nueva buena cualidad.

Los criados acababan del salir del comedor después de haber dejado sobre la mesa las cafeteras y unas botellas de licores, el comandante al igual que los demás convidados, encendieron un excelente cigarro, cuando Raimundo le preguntó de repente como si hubiese reanudado una conversación interrumpida momentos antes:

—¿De modo que por aquí ocurren aventuras novelescas?

—¿Quereis hablar de la joven?...

—Sin duda, de Aurora Milton.

—¡Bonito nombre!—dijo Saint-Aubin, que ponía azúcar á su café, cogiéndola con sus nerviosos dedos.

Sin duda la emoción de la escena de Torre-Blanca no se borraba tan facilmente de su imaginación.

De repente preguntó:

—¿Tan extraordinarias son las aventuras de esa señorita?

—Se trata de una joven que trajeron á criar á casa de los jardineros del castillo de Aubignac, y olvidada por sus padres...

—¿Hace mucho tiempo?—preguntó Reveillon.

—Dieciocho años... próximamente.

—¿Y ese abandono lo consideráis natural?

—No, seguramente... Los padres merecen toda clase de reproches. Quiero decir que el hecho no tiene nada de complicado... La joven ha sido criada en Aubignac sin que el padre ni la madre se hayan dejado ver... ¡Y qué muchacha, Dios mío!...

Toda la admiración de aquel valiente estaba comprendida en estas palabras.

—¿Tan hermosa es?—preguntó el barón.

—Más de lo que os podéis figurar. ¿No la habéis visto nunca?

—Es la segunda vez que oigo hablar de ella.

Y volviéndose hacia el marqués de Caylus, dijo:

—La primera vez, si no me equivoco, fué en el salón rojo, ya sabéis, en la plaza de la Magdalena.

—Eso es.

—¿Os lleváis bien con ella, comandante?

—Me llevo bien con todo el mundo; pero hace muy poco tiempo que ha salido del colegio, y la he encontrado muy pocas veces.

—¡Ah! ¿Ha estado en un colegio?

—Cinco ó seis años en un convento de Moulins.

—¿Y quién pagaba por ella?

—Un notario. El señor Pilet Desbuttes... El tenía fondos... Y digo tenía, porque hace cinco ó seis años se agotaron, á lo que parece.

—¿Y el notario siguió pagando?—preguntó con incredulidad el barón Máximo.

—Sí.

—¡Hombre generoso! Estos son rasgos de virtud que admiro siempre...

—¿Y decimos que esa joven se llama?...

—Aurora Milton.

—¡Aurora Milton!—repitió el barón como para grabar este nombre en su memoria.—El misterio, si le hay, me parece fácil de aclarar....

—¿Lo creéis así?

—Sin duda alguna... Si el notario ha sido encargado de cuidarse de la pequeña y pagar por ella, debe estar al corriente de lo que ha ocurrido... saber de dónde viene...

—Yo creía lo mismo que vos. Pero, no, no sabe nada.

—¿Es posible!

—Se lo dice á todo el que quiere oirlo.

—¿Cosa más rara!

—Su papel se ha limitado á buscar una familia honrada á la cual pudiese confiar aquella niña. Ha escogido á los Chavarux y ha tratado con ellos. Por lo demás, no ha podido encontrar nada mejor. Los Chavarux son muy laboriosos, muy activos y muy estimables.

¡Pobre comandante!

¡Cómo habian debido engañarle los sargentos, los cabos y los soldados!

Para él los Chavarux, el señor Pilet y la humanidad entera, haciendo algunas raras excepciones, estaban llenas de excelentes cualidades.

—¿De modo que la muchacha ha pasado su infancia en Aubignac y en el convento de Moulins?—preguntó el mayor de los Caylus.

—Sí.

—¿Y qué va á ser ahora de ella?

—¡Ah! He aquí dónde empiezan las dificultades—dijo el barón Máximo.—Si tiene rentas, bien; pero si no las tiene, el pan blanco se lo ha comido al principio.

—Pero...

—Reflexionad, comandante. ¿Dónde queréis que vaya? ¿Para qué puede servir? ¿Para institutriz? ¡Valiente oficio! Hay muchísimas. En Rusia, un país bastante moderno, hablan cuatro ó cinco lenguas, enseñan el piano y ganan seis ó siete rublos mensuales, á condición de cumplir otra porción de oficios subalternos. Hay vendremos á parar... ¿Y sabrá bastante para serlo? ¿Señorita de almacén?... ¡Es preciso hacer el aprendizaje y tragar mucho veneno!... ¿Obrera? ¿En qué especialidad? ¿No habéis dicho que es bonita?

—¡Admirable!—dijo el marqués.—Ya sabéis que yo no tengo mal gusto.

—¡Razón de más para que la cueste mayor trabajo! Si yo fuese mujer y no tuviese dinero, bendeciría al cielo si me hubiese hecho fea. Tendría más probabilidades de no morir de hambre, á menos que...

Y completó aparte la frase con una sonrisa. Bebió después un poquito de cognac.

—Fine, champane exquisito—afirmó.—Algún tiempo debe llevar durmiendo en las bodegas.

Y volviendo á su idea prosiguió:

—Ya comprendéis lo que quiero decir.

El comandante Guerinat le contestó:

—No llegará á ese extremo.

—¿Por qué?

—Porque han encontrado un marido.

—¿En el país?

—Sí.

—¿En Auvernia y sin dinero? Es inverosímil—objetó el barón Máximo.

—Puede ser inverosímil, pero es verdad.

—¿Se va á casar?—preguntó vivamente el mayor de los Caylus.

—Sí.

Su hermano Jorge, el cojito, no había pronunciado una palabra. No hacía más que escuchar.

Al oír esta afirmación del comandante, Guerinat se puso pálido.

—¿Con quién se casa?—preguntó el marqués.

—Con un joven que no os es desconocido.

—¿A mí?

—A vos.

—Me extraña... ¿De dónde es?

—De Aubignac.

—¿Y se llama?

—Es el hijo de vuestro jardinero.

—¿Bernardo Chavarux?

—El mismo.

Raimundo llevaba en aquel momento el vaso á los labios.

Lo dejó con violencia sobre la mesa, exclamando:

—¡Ah! Lo que es eso no lo creeré hasta que no lo vea.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque sería un crimen.

—¡Un crimen!—dijo el comandante abriendo los ojos desmesuradamente.

—O por lo menos una monstruosidad.

El barón Máximo soltó una carcajada.

—¿Y la causa?—preguntó.

—Sencillamente porque Aurora Milton y Bernardo Chavarux no son de la misma raza. Es lo mismo que si se quisiera juntar á un pavo con un faisán, á un pollino con una finísima yegua árabe...

Y el marqués, al mismo tiempo que se levantaba, añadió:

—Juzgad por vuestros propios ojos.

Se aproximó á una ventana.

—Reveillon, ¿veis allí?—dijo.

—¿Debajo de aquel grupo de castaños?

—Precisamente.

—¿Aquel joven rústico y la hermosa muchacha que está á su lado?

—Justo.

—Están algo lejos para mi vista.

—Tomad estos anteojos.

Saint-Aubin y el comandante Guerinat se habian acercado.

El conde preguntó:

—¿Es el novio aquel podenco?

—En efecto, Bernardo Chavarux.

—¿En qué se ocupa?

—Es escribiente.

—¿Dónde?

—En casa del señor Pilet Desbuttes.

—¿El notario encargado de la joven?

—Sí.

El barón Máximo tenía el oído alerta y desconfiaba cada vez más.

—¿De modo que tan desinteresado es ese muchacho que se casa con una joven sin dote?

—Sin duda, puesto que nada tiene.

El barón Máximo no contestó, pero reflexionaba, al mismo tiempo que decía:

—No es natural... Pasan cosas...

Reveillon habia terminado su examen y decía:

—Tenéis razón, no parecen hechos el uno para el otro.

Pasó el antejo al barón Máximo, que á su vez pudo examinarlos.

—¡Eh! ¡eh!—dijo—muy bonita, en efecto.

Y admiraba como inteligente el esbelto talle, los artísticos cabellos, la blancura del cuello, y repetía con entusiasmo.

—¡Perfecta! ¡Encantadora! ¡Deliciosa muchacha!

Los dos paseantes no podían sospechar el examen de que eran objeto.

Desaparecieron por un instante debajo de los árboles y permanecieron perdidos en la sombra, pero volvieron á aparecer más allá. Estaban muy entretenidos en una discusión muy animada.

El joven se expresaba con vehemencia. Se conocía en sus gestos, en la viveza de los movimientos y en su febril agitación.

La muchacha, por el contrario, permanecía seria, casi indiferente.

Andaba con la cabeza medio inclinada y los brazos caídos á lo largo del cuerpo.

El escribiente expresaba en sus ademanes la agitación del orador que no logra convencer á su auditorio y suda sangre al reconocer la inutilidad de sus esfuerzos.

De repente, y sin duda ya sin argumentos, se alejó de Aurora y se acercó á las dependencias dando señales de mayor contrariedad y casi de cólera.

—¡Eh! ¡eh! á lo que parece no pica el anzuelo—observó Reveillon riéndose.

Entonces Aurora permaneció sola, levantó la cabeza y se encontró precisamente enfrente del antejo del barón Máximo.

Llamó á Raimundo de Caylus, que al mis-

mo tiempo que observaba á la joven, exclamó:

—Tenéis razón. ¡Bonita, pero muy bonita, preciosa, magnífica!

—¿Es esa vuestra opinión?

—Es una maravilla.

¿Notó la joven que la examinaban desde lejos?

¿Vió á los curiosos inclinados en las ventanas del comedor dirigir sus miradas á ella?

Sin duda, porque inclinó la cabeza y se internó en la espesura, de donde volvió á salir acompañada del heredero de los Chavarux.

Casi en seguida los huéspedes salieron á su vez al parque con el cigarro en la boca.

Debían ser próximamente las tres.

El tiempo estaba hermoso, aunque ligeramente cubierto.

Raimundo se paseaba al lado de Saint-Aubin.

—Querido mío, ¿os he engañado?—le preguntó.

—¿Cómo?

—¿Vale la vueltecita por Auvernia?

—¡Pestes! ¡Toda una estación me pasaria yo á su lado!

Pero estaba muy absorto y no pensaba ni en lo que le preguntaban ni lo comprendía.

Una nueva preocupación se unia á la que ya tenía cuando llegó á Aubignac.

Se decía:

—¿Dónde he visto yo una cabeza como esa?

Y era en vano que diera vueltas á su imaginación.

Sin embargo, tenía la completa seguridad de haber visto unos rasgos exactamente semejantes.

Un rostro de admirable parecido con Aurora Milton.

Sí; habia en Paris una mujer que le recordaba el rostro de aquella joven, lo mismo que un retrato evoca el recuerdo del modelo.

Pero por más que hizo, no logró reunir sus recuerdos.

Hasta tal punto, que cuando aquella tarde se dirigia en coche á Vichy para tomar el tren de Paris, se decia aun con la obstinación que se emplea en resolver un problema difícil:

—Si; yo he visto una cabeza semejante, ¿pero dónde?

VII

Las consecuencias de una falta.

*Elena de Solmes á la señorita Aurora Milton
en el castillo de Aubignac.*

La Sauvetière 5 de julio.

«Mi querida Aurora:

»¡Es un hecho! ¡Estoy perdida!

»¡El rayo ha caído sobre mi pobre padre y sobre mí!

»Ayer fuí, como lo hago casi todos los días, al pabelloncito que conoces, esperando encontrar allí una carta del señor Danglas.

»Después de su marcha á Paris me había sumido en una angustia sin límites.

»Me he acordado de las reticencias que me hiciste después de sus declaraciones, cuando temblabas por mí y tenías dudas sobre la sinceridad de mi amante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
Apto. 1622